



Cómo leímos, aquí y entonces, la literatura española

Mario Goloboff
UNLP

Resumen

Se trata de un testimonio, con un enfoque personal (y probablemente muy parcial) de los momentos y las vías por las cuales fue llegando la literatura española a los escritores argentinos de mi generación, desde los años sesenta hasta finales del siglo XX.

Palabras-clave: literatura – poesía – escritura – lectura.

Abstract

This article consists of a testimony –from a personal point of view (probably a very partial one, according to the author himself) – of the moments and ways in which Spanish literature reached Argentine writers of the author’s generation, from the sixties to the end of the twentieth century.

Keywords: literature – poetry – writing – reading

No sé si desde tiempo antes, pero seguramente sí desde que tuve la suerte de recibir, en el recién creado Colegio Nacional de mi pueblo pampeano, las lecciones de literatura española de boca de un joven pro-

Olivar N° 14 (2010), 179-186



fesor que acababa de egresar de esta Universidad Nacional de La Plata, quien hacía sus primeras armas con nosotros y fue, al cabo de los años, profesor en esta misma Casa, Eithel Orbit Negri, entonces, digo, comenzaron mis felices contactos con la mejor poesía de nuestra lengua, con mucho de lo mejor escrito en español. Fantástico tesoro que he transportado hasta aquí por décadas.

Tal vez la memoria no me sea del todo fiel y omita lecturas familiares anteriores, “Serranillas” o versos de Rosalía de Castro quizás pronunciados entre otras palabras de dulzura por mi madre, pero recuerdo bien aquellas páginas de *stencil* artesanalmente impresas por quien es hasta hoy para mí “el Señor Negri”, con sus clases sobre el Mester de Clerecía, el Marqués de Santillana, don Luis de Góngora y don Francisco de Quevedo. Él también se encargó de poner en escena, en el viejo teatro del pueblo, *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*, *Yerma* y *Bodas de sangre*, por lo que, para la misma época, y por otros caminos menos escolares, más culturales y sociales, los chicos de mi generación fuimos llegando a los grandes contemporáneos españoles (y saliendo, dicho sea de paso y sin la menor maldad, de don Jacinto Benavente, de Alejandro Casona, de Vicente Blasco Ibáñez...).

Por aquella época, en la cual, al decir de Paul Nizam, creíamos que el mundo era nuevo porque nosotros éramos nuevos en el mundo, circulaba en la Argentina, casi como novedad editorial en la lengua (puesto que, en España, estaba silenciado), lo que se fue plasmado como una tríada, una no pactada complicidad, un no pensado triángulo: don Antonio Machado, el sabio, el artesano, el orfebre, el purista, el trabajador, el perfecto, el tiernamente filosófico de “Meditaciones de un día” y de su *Juan de Mairena*; Federico, el grácil, el audaz, el algo loco, el genio, el musical y gitano, el desmedido, el muy impresionante y muy surrealista y muy épico del “Llanto por Ignacio Sánchez Mejía” (“a las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde”); y Miguel, el labriego, el pastor, el hombre de la tierra, el natural y el cósmico, el del fusil amado y armado, el amador, el combatiente, el de los “Vientos del pueblo me llevan, / vientos del pueblo me arrastran, / me esparcen el corazón / y me aventan la garganta...”.

El hecho es que, por la política, y también por el amor (que por aquella época iban siempre juntos), llegamos a los grandes sonetos de

Miguel Hernández, a su “Elegía”, dedicada a Ramón Sijé “con quien tanto quería”, a su “Hijo de la luz y de la sombra”, a su “Rosario, dinamitera, / sobre tu mano bonita / celaba la dinamita / sus atributos de fiera”, pero también al erótico “Por tu pie, la blancura másailable, / donde cesa en diez partes tu hermosura...”, al melancólico “Yo te agradezco la intención, hermana, / la buena voluntad con que me asiste / tu alegría ejemplar; pero, desiste / por Dios: hoy no me abras la ventana”, y también al provocativo “Te me mueres de casta y de sencilla”, y al insinuante “Me tiraste un limón, y tan amargo, ...” y también al fraternal “Me llamo barro aunque Miguel me llame...”, y también, y también...

Los leímos hasta construir pequeñas autobiografías machadianas, canciones lorquianas, sonetos hernandianos; hasta la admiración, la imitación, la adoración; nos los pasábamos entre algunos iniciados como consigna política, cultural, estética y hasta de seducción ante beldades juveniles que no resistirían la potencia bélica, amorosa, y el encanto de esas voces inéditas. E igualmente abrieron muchas puertas para lo mejor que fue viniendo después, hacia otros años.

Tampoco es que nos hayan llegado solos: muchas veces venían presentados, precedidos, recomendados, introducidos por algún hermano mayor: nuestro Raúl González Tuñón fue el adalid de ellos. Muy joven todavía, Raúl pasó todo el año 1935 en Madrid, se trató con Federico García Lorca, con Rafael Alberti, con Miguel Hernández, con Pedro Salinas, con Gerardo Diego... Leyó en el Ateneo, en un acto organizado por León Felipe, los poemas inspirados por la insurrección minera de Asturias y la represión del año '34. Entre los cuales, probablemente, aquél con la historia de Aída Lafuente: “Donde el carbón se junta con la sangre / y la ametralladora bailarina / lanza sus abanicos de metralla. / Donde todo termina”.

También publicó Raúl en *Caballo verde*, la revista del Cónsul de Chile en Madrid, Pablo Neruda. Había discutido con algunos de aquellos amigos suyos sobre la función social de la poesía y hasta había ayudado a convencerlos. Tanto, como para que, al volver en 1937, como corresponsal de guerra enviado por *La Nueva España*, un periódico republicano editado en Buenos Aires, encontrase a Miguel Hernández, otrora poeta del grupo católico “El Gallo crisis”, convertido en jefe de una brigada republicana, redactando y leyendo algunos de los poemas de *Viento del pueblo*...

Pocos años después, entre astillas del teatro de Antonio Buero Vallejo y las reflexiones radicales y brechtianas de Alfonso Sastre, empezaron a llegar los grandes de la siguiente hornada, los de la resistencia de posguerra, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Águeda Fernández Aymerich, José Hierro (“Aunque el tiempo me borre de vosotros / mi juventud dará la muerte al tiempo...”), Marcos Ana, el preso histórico del franquismo, con sus jóvenes veinte años destinados a pasar otros veinte en una cárcel, en una celda, en un patio: “La tierra no es redonda: / es un patio cuadrado / donde los hombres giran / bajo un cielo de estaño”.

Cada cual podía elegir a su gusto o según la concepción del mundo que ya empezaba a insinuarse, a mantenerse. Mi generación, el grupo de mi generación (que siempre creímos muy numeroso aunque tal vez no lo fuera tanto como deseábamos e imaginábamos) los leyó desde lo que, globalmente y de una manera algo vaga (aunque menos vaga todavía entonces que hoy) podríamos llamar la izquierda, y fundamentalmente desde la simpatía hacia los perdedores, los vencidos, los exiliados, los muertos. Acaso siempre haya sido así en nuestra vida, esto de que, por propias flaquezas, estuviésemos del lado de los débiles.

Luego, además de llegarnos, buscábamos a los nuevos, los de la llamada generación del medio siglo, del cincuenta, a los que decían que habían sido niños cuando la guerra civil. “Generación de los niños de la guerra”, se les llamaba. “Todos ellos se hicieron hombres a lo largo de la interminable paz que se abatió sobre su país”, escribió uno de los integrantes, Juan García Hortelano, en su prólogo a *El grupo poético de los años cincuenta*: José Manuel Caballero Bonald, Jaime Gil de Biedma, el patriarca asturiano Ángel González, José Agustín Goytisolo, Carlos Sahagún.

Tal vez yo, todavía dominado por un criterio algo anticuado sobre los géneros, y acaso porque la poesía de esta generación no tenía la fuerza vital, heroica, de las anteriores, no era ya una poesía de protesta sino de crítica; tal vez también porque uno siempre lee desde sus intereses y preocupaciones, quienes más nos impresionaron esta vez (y hablo asimismo en nombre de algunos amigos) fueron no los poetas sino los novelistas: especialmente, Rafael Sánchez Ferlosio, el de *El Jarama*, que seguramente debe haber sido leído y admirado en algún momento de su vida por nuestro Juan José Saer, porque es también una novela en la que, como en las suyas, “no pasa nada” (salvo la escritura), Juan Goytisolo, el

de *Duelo en el paraíso y Campos de Nijar...*, Juan Marsé (presentado por sus compañeros, algo irónicamente, como “nuestro escritor proletario”), el de *Encerrados con un solo juguete y Últimas tardes con Teresa*, Juan Benet, el de *Volverás a Región...* Y claro está que, fuera de este grupo, Mercè Rodoreda, la de *La plaça del Diamant*.

Todo ello me llevó a preparar con cariño y minuciosidad el primer viaje que hice a España. Amigos comunes me contactaron con Rafael Guillén y Pepe Ladrón de Guevara, en Granada; con Félix Grande y con Fernando Quiñones, en Madrid. Poco tiempo antes, había ido de aquí el gran poeta y gran librero, a quien yo conocía desde mi infancia, Héctor Yánover, el que llegó a ser director de la Biblioteca Nacional entre 1994 y 1996, y había inclusive escrito algo sobre ese viaje para nuestra revista (la que fundamos con Vicente Battista en 1970, *Nuevos Aires*), así que lo seguí “a la letra”. Eso me permitió también conocer personalmente a la hermana y al sobrino de Miguel Hernández, Claudio, que hablaba muy orgulloso del tío Miguelito, luego profesor de secundaria en Murcia, con quien luego mantuvimos una relación epistolar y amistosa durante varios años.

La vida quiso que me tocara ir a Toulouse cuando el clima político se fue enrareciendo aquí y se hizo después aconsejable no volver por largo tiempo. Por ser la ciudad más española del hexágono, mi existencia allí durante catorce años hizo que tratara, mucho más que con la literatura, con españoles de carne y hueso, con sus propios exilios y con su propia memoria. Y que, a su vez, todo ello me inspirara textos. Pero ésa, como corresponde y suele decirse, es ya otra historia.

La de la literatura española continuó por otras vías. El exilio, el azar y la amistad de Juan Octavio Prenz, poeta, también durante años profesor en esta Casa, me llevaron a un lugar algo insólito para nosotros, al Festival Poético de Struga, en el sur de Macedonia, casi en la frontera con Albania, en la entonces República Federativa de Yugoslavia, donde aquel año, en agosto de 1978, se homenajeaba a Rafael Alberti. Tuve, así, el agrado de conocerlo. En la oportunidad, él recibía la Guirnalda de Oro del Festival “Las noches poéticas de Struga”, otorgada antes a Eugenio Montale, a Leopold Senghor, a Pablo Neruda. Cuando Rafael llegó, yo era el único argentino e hispanoparlante invitado que tenía a mano; celebro haberle valido para compartir recuerdos. El primero de quien se lanzó a hablarme largamente fue de Oliverio Gironde, con especial

cariño. Luego, de Norah Lange, de Roberto Arlt (“a quien no llegué a conocer”, lamentó), de Alberto Gerchunoff y, después de amplia lista, de “una gran persona” (oh, extrañas relaciones de los sitios y los nombres), la de nuestro Macedonio (Fernández).

El exilio tiene esas suaves y melancólicas compensaciones. El suyo, tan vasto, lo trajo aquí por veinticuatro años. Sin reivindicar ingenuamente espacios geográficos para la escritura ni poner en duda la veta original gaditana, andaluza, de Rafael Alberti, me permito suponer que en Argentina encontró no sólo el calor de la amistad, la solidaridad y la simpatía que desde la Guerra Civil Española cundieron en las capas populares y, aún, el enriquecido movimiento editorial, la polifacética actividad cultural y literaria, sino también algo más íntimo, eso que supo él tomar con la palabra y forjar con sus versos: mundos temáticos, núcleos de sentido, casas que construyera desde entonces y que seguramente no dejó nunca de ocupar.

Pueden encontrarse en ese momento “argentino” de su poesía (reflejado entre otros en *Baladas y canciones del Paraná*) numerosos tópicos en los que la presencia de una naturaleza nueva, otra historia y hasta hombres distintos, son evidentes: las estaciones, los climas, el río, el viento, las barrancas, las inundaciones, el horizonte inmenso, los caballos tan presentes, la soledad del hombre, su trabajo: “... miremos de la mano/ pampas, mares y gentes nunca vistos, / el girar de las horas trastocadas” o “Nuevo, incógnito horario./ Trueque de meses, cambio de estaciones”. A esta nueva situación del poeta pertenecen núcleos temáticos como el de “por encima del mar”, el del “campo-mar”, y el permanente de “la otra orilla”. El primero (“Te oigo mugir en medio de la noche/ por encima del mar, también bramando”), es, desde los poemas iniciales del largo destierro argentino, el más persistente.

Recuerdo, luego, que seguí más o menos atentamente en los ochenta la evolución de la narrativa, pero debo confesar que, a partir de Eduardo Mendoza, de Julián Ríos, de Juan José Millás empecé a perdérmela, apabullado por tantas ventas, por tanto éxito, por tanta difusión y, diría, algo de confusión. Sobre valores, quiero decir, sobre lo que finalmente son, para mí, el realismo, la representación, el público, el arte, en fin, y sobre todo la literatura. En todo caso, debo admitir que, a partir de allí, ya le perdí la pista a la evolución de las letras españolas. Y no sólo a la de las letras españolas; acaso a la de todas. A todo lo que la industria

editorial, el mercado, los medios, los suplementos culturales, llaman hoy literatura.

Quizás fui madurando, quizás fui, simplemente, envejeciendo. El hecho es que me dio, hacia finales del siglo pasado, eso de empezar a desconfiar de lo nuevo, lo novísimo, lo llamativo y lo recién descubierto. Seguramente no hice bien, es francamente posible que así sea, pero, como bien podría decir algún personaje de Jorge Semprún, “ya me he autocriticado bastante; ahora autocritico a los demás”.

Supe de grandes éxitos, de grandes novedades, mas me costó acceder a ellos y, cuando lo hice, no me fascinaron. Volví, en cambio a lo que había dejado en el camino. No sin haberlos leído, pero distraído por otras urgencias y otros hábitos. Al inmenso Vicente Aleixandre de *La destrucción o el amor* y de *Espadas como labios*, al prolijo, agudo, impecable Gerardo Diego, al lúcido (hasta para el amor y la pasión) Pedro Salinas, al profundísimo Luis Cernuda, al inalcanzable Jorge Guillén.

Es hoy lo que recomiendo en los talleres de novela: nadie, en la Argentina, en la América hispana, puede escribir buenos textos narrativos sin tener en el oído, casi en la sangre, lo mejor de nuestra lengua, que es lo que alberga la poesía española de todos los tiempos y, especialmente, para nosotros, si pretendemos escribir bien ahora, la del siglo XX.

¿Cómo leímos, entonces, aquí, nosotros, la literatura española? Habría que condensar todos estos largos tiempos, y no sé hacerlo. Podría declarar que la leímos con admiración, con respeto, con amor. Aunque éstas son generalidades que poco quieren verdaderamente decir. O que querían decir mucho, pero no lo dicen ya.

Podría acuñar alguna metáfora o extrapolarla a alguien, a Gabriel Celaya, por ejemplo, y sostener, con algo que vale para todas las literaturas, que “la lectura es un arma cargada de futuro”. Pero debo reconocer que la lectura es, también, un verdadero problema. Probablemente desde mucho tiempo antes, desde la época de la escritura sobre piedra, hueso, arcilla o caparazones de tortuga, en cera, en pergamino, en cuero, omóplatos de carnero, hojas de palmera, trozos de vasijas de barro, pieles de bestias salvajes, pedazos de corteza, mediante nudos, lazos o imágenes... Sin duda, con mayor certidumbre, desde el momento en que no tan bárbaros sajones como los que vendrían después, dueños por entonces de una adelantada metalurgia, la adaptaron en la imprenta al papel y a la

letra gótica, haciéndola llegar hasta el siglo XXI, la lectura constituye un verdadero problema de civilización.

Por otra parte, la sociedad moderna, azuzada por el psicoanálisis y la semiótica, ha ido convirtiendo el verbo que describe una actividad tan visible y concreta como la de posar y deslizar los ojos sobre una línea de diario o de libro en resbaladiza aptitud metafórica: no sólo leemos la curva de los astros y los designios de Dios en las marcas del cielo, el trágico o feliz destino en las manos o en las cartas, los pasos de la bailarina en la danza, un recuerdo impreciso en el gusto de cierta magdalena, el sublime inconsciente en los sueños. Todo es pasible ya de una "lectura", ampliada, sistemática, permanente, obsesiva. Esta captación, este presunto apoderamiento inteligente de los signos de la realidad, desplazado, al fin, del simple ojo hacia otras regiones ignotas de los sentidos o del espíritu, a pesar de su aparente hondura se revela cada día como más ingobernable por el raciocinio. En fin, que leemos todo y ya no leemos lo que debiéramos leer. Especialmente quienes queremos escribir...

Les ruego me disculpen, pues, lo deshilvanado del relato y muchas de las afirmaciones que aquí he hecho, naturalmente discutibles y observables. En especial sobre los prosistas españoles. Todavía me digo que debo releer al sin duda mal leído don Benito Pérez Galdós, a don Miguel de Unamuno, a Ramón del Valle Inclán, a Pío Baroja, a Azorín, a Gabriel Miró, con nuevos ojos, como son siempre nuevos los que se posan sobre las grandes páginas.